

las primeras, las más calientemente amorosas, brotaron de sus ojos. Su afilada carita bañada en llanto, posada sobre la cabezuela peluda, parecía decir inefablemente:

—¡Ya he probado el amor! ¡Ya tengo algo vivo que querer y que me quiera!



“LA MUSMÉ”

I

Animadísimo estaba el comedor del hotel Colón, en Barcelona, durante aquel prolongado otoño, en que los árboles amarilleaban lentamente, rehacios á desnudarse de sus frondas, y el aura mediterránea, tibia y húmeda, envolvía á la gran urbe en voluptuosa caricia inacabable.

Era en los días de la guerra rusojaponesa: la *tempestad de porcelana* profetizada por Enrique Heine alcanzaba su máxima furia. El Japón, aquel lindo país celestirrosa de biombo y de abanico, poblado de monicacos de carilla de marfil, acababa de dar la mayor de las sorpresas á los que de él sólo conocían los tibores, los paipais y los farolillos policromos; los que leen, hartos estaban de saber que el Japón érase por su intelectualidad, por su vigorosa psicología, por su literatura, pintura, escultura y artes decora-

tivas é industriales, nación preeminente, cuando sus triunfos militares pusiéronle de golpe en primera fila entre las potencias que *pegan*. Para la masa general los triunfos japoneses eran, á más de una sorpresa, una moral derrota, un gran mentís á los augures de cafés, que sibílicamente adjudicaron la victoria á Rusia; Rusia, á lo menos, era para nuestro vulgo país conocido: un lindo país zarzuelesco con música de *Catalina*. Los políticos, por su parte, desconfiaban del Japón, «la *Inglaterra de Oriente*»; gentezuela simiesca, advenediza y rapaz; micos con ictericia que jugaban á europeos, remedando el gesto inglés. Ello era que entre sorpresas, decepciones, disputas y apuestas empeñadísimas, no se hablaba en toda España—ni en el resto del mundo—de otra cosa que de la guerra rusojaponesa.

Las agencias fotográficas y los corresponsales de los periódicos ilustrados, con actividad inusitada hasta entonces, nos servían «á domicilio» la gran tragedia, con sus actores principales, con su inmenso cuerpo de coros, con su espléndida y maravillosa escenografía. La guerra es una gran reveladora; y, además del interés humano, aquella campaña tenía todos los intereses: el político, el estratégico, el exótico, el pintoresco, el étnico, el geográfico; y el telégrafo y la rauda información gráfica pusiéronnos delante sucesivamente la movilización de los rusos partiendo de Karbin ante montañas de nieve en filas de filas de autómatas barbudos, agobiados por pesados capotones, mochilas voluminosas, luengos

fusiles y gorras de plato; y el Zar galopando bravamente entre los cosacos de su guardia y los marciales soldados del regimiento de «Ekatarinodar»; y la revista de las tropas japonesas en Chemulpo, la belicosa manifestación en Tokio, el animado puerto de Negaski, y la arcaica ciudad de Kioto contrastando con las europeizadas Tokio y Yokohama.

Comenzaba noviembre; la campaña entraba en su período extremo y decisivo: el mariscal Oyama traía asombrado al mundo con sus vastos planes moltkianos, ejecutados con precisión maravillosa; Kuroki y Oku realizaban movimientos habilísimos, en tanto que los rusos derrochaban heroísmos inútiles. El Zar, exasperado, lanzó su trágico reto: «Hasta el último hombre y hasta el último rublo.» Y mientras convalecían en la Costa Azul varios ilustres heridos de la sangrienta jornada de Liao-Yang, preparábase uno de los más duros empeños de guerra que registra la Historia: el tremendo sitio de Puerto Arturo, donde Stoessel, el caballeresco guerrero, y Nogi, el simiesco sabio militar, iban á contender heroicamente, más que como dos hombres, como dos edades bélicas del mundo. La toma de Mukden, aquella formidable lucha entre ochocientos mil hombres de uno y de otro campo, iba á coronar los triunfos japoneses; y las figuras de Oyama, Kuroki, Oku, Nodzu y, sobre todo, Nogi iban á entrar en la inmortalidad de la Historia.

II

En tal momento, cuando el Japón obsesionaba á todo el mundo, adivinase el efecto que en los comensales de nuestro hotel produciría la aparición á pleno sol de una japonesa de carne y huesos, que, como surgida de las ilustraciones que hojeábamos, bajó de un coche de plaza y tomó puesto en una de las mesitas de la entrada, donde le fué servido un «té completo» con algunas golosinas, mientras su doncella y su criado subieron con los mozos que llevaban el equipaje á instalarlo en las habitaciones del hotel, encargadas, sin duda, previamente.

Era la recién llegada una verdadera *musmé*; una mujercita pequeña, de armoniosas proporciones, como figurilla de Tanagra, pero toda asiática, aunque no amarilla, sino de blancura elóricica, porcelanésca, azuleante junto al nacimiento del pelo sedoso, como de negra laca lucientísima, que al despojarse ella del velo de viaje rebrilló en todo su espléndido negror, avalorando el albor deslumbrante del cuello y la miniatúresca finura de sus facciones infantiles; cejas sutilísimas, como trazadas con pincel, delgada naricilla, roja boca en forma de corazón, y oblicuos ojos de venturina que perforaban al mirar; un juguete de

carne, un *bibelot* primorosísimo, que parecía escapado de una vitrina llena de japerías exquisitas. Vestía á la europea, pero ostentando sobre una falda semiceñida y bien plegante el nacional *kimono*; aquel *kimono* que las victorias niponas iban á imponernos, como los romanos nos impusieron el *paepulum*; y la elegancia de vestidura entonces tan peregrina contrastaba con la horrible moda de aquel año: los pomposos vestidos *bonne-femme*, plagados de frunces, volantes y bullones—nidales de polvo—que hinchaban y degradaban las formas femeninas. Mirándola, era imposible no recordar á Sada-Yacco: el ritmo de sus movimientos cadenciosos, pero con algún raudo gesto simiesco, revelaba su raza más aún que el inconfundible tipo físico. Y tan clara como la impronta étnica percibiase en ella la jerarquía, la altiva distinción de una gran dama y una sutilísima aura de elegancia inglesa que envolvía su persona y sellaba sus más nimios accesorios de viaje: el primoroso *nécessaire* de mano; el estrecho y largo saquito para las joyas, de cuero de Rusia con placa y cerraduras áureas; el portamonedas de malla de oro; el peregrino brazalete de rojo esmalte con una palabra japonesa escrita con brillantes, que parecía soldado á su brazo derecho, del cual brazalete pendía largo sartal de menudos *netzkés*, dijecillos japoneses de oro, marfil, ámbar y coral que ritmaban sus movimientos con sonoro tilinteo: todo revelaba en ella á una gran dama.

Pero el revuelo de sensacional sorpresa que su

entrada produjo fué tan tumultuoso, fueron tan impertinentes y descarados el asaeteo de miradas, el hervor de comentarios, chistes y risitas mal reprimidas, la avidez con que desde todas las mesas se observaban los más leves movimientos de la *musmé*, acechando el instante en que se levantara para ir á formar calle á la salida, á fin de desmenuzarla y sorbérsela más de cerca con los ojos, que, justamente ofendida y ahuyentada por aquel inaguantable figoneo, la linda japonesita no volvió á parecer por el comedor, ni pisó el salón de lectura, ni se dió más en espectáculo á nadie: salía muy de mañana envuelta en amplio *kimono* obscuro, velada por dobles velos negros; pasaba como una ráfaga del hotel al coche; volvía tarde, cuando todos comíamos; recibía multitud de cartas, de telegramas, de postales y de visitas de personajes conspicuos ó misteriosos que parecían esquivarse: todo ello aumentaba el prestigio novelesco que la envolvía, y exaltaba furiosamente la curiosidad que hervía y se arremolinaba en torno de ella.

III

Llegaron los grandes días del sitio de Puerto Arturo; el reporterismo gráfico y telegráfico estremó su actividad inusitada; y el Japón, el ar-

chipiélago convulsionario, eruptivo, fantástico; aquellos coros de islas é islas que emergen del mar mitradas por su cono volcánico; aquellas cordilleras plutónicas, aquella flora paradisiaca, aquella arquitectura aérea sin muros, calada, cincelada, espléndida de esmaltes y lacas áureas y policromas; aquellas gentes amarillas, nerviosas, simiescas, inteligentísimas; todo aquel mundo antes ignorado revelábase de un golpe, crecía á la altura de la epopeya, y de súbito se achicaba y metíase entero dentro de la esquiva figurilla porcelanesca que vivía allí, á dos pasos de nosotros, envuelta en cien rebozos de misterio y disimulo.

La curiosidad creó todas las hipótesis y tejió todas las leyendas imaginables en torno á la desconocida: para los unos fué princesa nipona que viajaba de incógnito; para los otros, *geisha* famosa que, esperanzada en los éxitos de Sada-Yacco, proponíase explotar la absorbente «actualidad» de que su país gozaba; para algunos, elegante cortesana del Mikado, que aprovechaba la racha de curiosidad mundial. Pero esta última hipótesis fué rechazada con rechifla: era inadmisibile; la alteza social y moral de la incógnita se imponían. Lo único cierto respecto á ella era que lo ignorábamos todo; y no sabiendo cómo designarla, convinimos en llamarla *la Musmé*, aunque nombre de más alta distinción le conviniese. Un día en que menudearon los telegramas y visitas á *la Musmé*, saltó un sevillanito aflamencado, con saladísimo aplomo:

—¿Sabéis usted lo que es esa prójima? Pues es... ¡una espía japonesa que s'ha venío aquí á la husma de algún fregao gordo que se trae su gente con los inglese!

Soltamos la carcajada.

—Pue me paese á mí que tanta correspondencia, tanto visiteo y enserrona.... ¡blanco y miga!...

—¡Demonio! ¿Si tendrá razón?

Las hipótesis giraron sobre este nuevo eje, y la curiosidad se exacerbó hasta el paroxismo.

Aquella misma tarde encontréme á *la Musmé* delante de sus habitaciones, verdaderamente atarugada, hecha un lío, sin poder entenderse con un *botones* de «Continental» á quien daba una carta y un recado verbal para un conocidísimo agente de policía.

—¡Caramba! ¡Ciertos son los toros!—pensé; y acudí á traducir del francés *anglonipón* que hablaba *la Musmé*, la orden que deseaba transmitir al atortolado mensajero.

Agradecióme la damita expresivísimamente el favor: sus oblicuos ojos cristalinos parecieron liquidarse en efusión humana; gratitud tan excesiva para favor tan insignificante revelaba en ella una de esas situaciones de soledad y tribulación en que pagaríamos con un mundo una mirada amiga. Háblome suavemente, con su voceilla gangosa y en su francés angloasiático. ¡Estaba tan sola, tan desorientada, tan *dépayssée*, tan oprimida por la curiosidad asfixiante, abrumadora, que una palabra de atención, de interés, érale muy dulce, muy benéfica! Interesóme afec-

tivamente la que comenzó interesándome con curiosidad de jeroglífico ó charada. ¿Cuál sería el enigma, el drama de aquella exótica personita? Extremé mis atenciones, mis ofertas de cuanto pudiera serle útil. En viaje, viviendo bajo el mismo techo, ¡es tan natural auxiliarse mutuamente! Respiró, y rogóme con la amabilidad exquisita de una gran dama que entrase á tomar el té con ella.

—Probará usted el té verdadero; los europeos no conocen el té, no han saboreado nunca el té.

Sedújome el convite, y aun más me sedujo y sorprendió el encanto exótico que *la Musmé* difundía en torno suyo, logrando crear ambiente oriental en el saloncillo de hotel desesperantemente *européizado*. De las gélidas paredes estucadas había colgado cuatro maravillosos *kakemonos* que tapizaban regiamente la estancia, reviviendo en ella la flora opulentísima ó los característicos paisajes del país del Sol Naciente. Por entre frescos montones y sueltas guirnaldas de anémonas, crisantemos, *paulonias* y loto sagrado columbrábanse fértiles campiñas japonesas, ó culminaba la nivea cumbre del Fushiyama, ó surgían bandadas de islas flotando en un mar zafireo como anchas hojas de «nelumbo» en torno á una fumante cima volcánica. Mientras yo admiraba los *kakemonos*, la doncella y el *boy* de la incógnita—dos figurillas de biombo—preparaban como quien cumple un rito el complicado servicio de un «té aristocrático» en Oriente: extendieron en el suelo mullidísimo tapiz, cons-

truyeron con almohadones de brillantes bordados dos divanes, colocaron en el centro del tapiz multitud de bandejas de laca bermeja, amarilla ó verde esmeralda llenas de exóticas golosinas; de uno de los menudos cajones de un bufetillo de laca de oro sacaron las arrugadas hojas del té, y vertida sobre ellas el agua que borbotaba en la *bullota*, prodújose la infusión de más peregrino aroma de que gustaron mis labios. ¿Habían mezclado al té algún menudo grano de opio? ¿Vertió la doncella japonesa alguna esencia narcótica en el braserillo de bronce donde se quemaban asiáticos perfumes? Ello fué que yo me sentí desmayar en voluptuoso adormecimiento.

La Musmé me dijo entonces con su habla nasal y su gesto de muñequita asiática:

—Me encuentro en una hora decisiva de mi vida: yo, aunque nacida en el Japón y de madre japonesa, soy inglesa de padre é inglesa por mi educación y mis costumbres, si bien mi casa en Tokio era un *hall* internacional, por haberme yo casado con un diplomático ruso íntimamente relacionado con Francia y con todo lo francés.

Aquí se interrumpió, como dudando lo que debía callar en su semiconfidencia; y de acuerdo consigo, prosiguió:

—Espero á una persona que desea pasar por Barcelona inadvertida, y con la cual me importa mucho tener una entrevista secreta é indispensable para salvar de grave peligro á ese sujeto; pero... acaso por salvarle me arriesgue yo gra-

vemente... Si las circunstancias lo exigieran..., ¿podría yo contar con el bondadoso auxilio de usted?

—¡Zapateta! ¡La cosa se complica!—exclamé en mis adentros—. ¡A ver si doy con mis huesos en la cárcel por meterme á proteger damitas de porcelana!—Pero «quijotismo obliga», y contéstele gallardamente que la ampararía contra Rusia, el Japón y todas las potencias coligadas. Agradeciómelo cordialísimamente ella, y regalóme en prueba de gratitud unos diminutos *netz-kés*, remedo habilísimo del arte sumo de los Mirvas, y me advirtió que me avisaría tan pronto como sobreviniesen los sucesos que tan ansiosamente aguardaba.

Retozábame por dentro el gozo, muy humano, de la envidia que iban á tenerme los compañeros de hotel cuando supieran mi iniciación en los misterios de aquella «Isis» nipona, cuyo secreto guardaría yo religiosamente; halagaba mis instintos romancescos el placer de sentirme vivir en aquel aura prestigiosa de drama ó de novela policíaca, y entregábame involuntariamente al incorregible resabio profesional de construir y derribar las hipótesis más variadas y más fantásticas acerca de la sugestiva *Musmé*, cuando vino la realidad, súbita y aplastante, como suele, á dejar tamañitas mis imaginaciones.

IV

Muy de mañana atrevióse la incógnita á tocar con los nudillos á mi puerta, y aun oigo su vocecilla gutural gritarme enronquecida de emoción:

—*Des nouvelles; venez me voir; je vous en prie!*

Vestíme aprisa, y acudí al llamamiento. Agitadísima estaba la hija del Sol, y como nunca se traslucía en sus gestos y actitudes el exotismo de su sensibilidad, el alma de su raza.

—*Llega hoy; ahora va á llegar; y...*, no sé por qué, tengo miedo fuera de la patria: tan lejos de ella, todos somos más débiles; no me atreví á estar sola en esta hora; ¡tengo miedo!

Y en verdad que estaba trémula, alteradísima, y temí grave trastorno en su salud.

Alzados los visillos del balcón, miraba ávidamente á la Rambla; yo miraba también, y nuestro silencio estaba erizado de interrogaciones, de perplejidad y de inquietudes. De pronto detúvose un coche ante el hotel, descendió un hombre alto, robusto, barbirrojo. «¡Él!», sollozó la incógnita. Pero la mano enguantada del viajero ruso se tendió, y en ella apoyóse un momento una delicada mano femenil, y ágilmente saltó del ómnibus una mujer cuya figura, traje, aire, desenfado y ele-

gancia inconfundible declaraban á golpe de vista *mundana y parisiense*. Y entonces sí que se reveló la raza y aun todo el atavismo en el grito inarticulado de *la Musmé*. Acaso pronunció en su lengua materna una trágica exclamación ininteligible para mí; pero su expresión era eloquentísima. Cuando pudo hablar, rebotó toda su alma en esta frase:

—¡Y yo que vine por salvarlo!

Creí ver claro que el ruso francófilo traicionaba *dos veces* al Japón, é intenté eliminarme prudentemente; pero la pobre damita de porcelana asió desesperada mi brazo:

—¡No, no; no me deje! ¡Necesito vengarme; necesito que alguien me ayude á castigar á ese traidor, que nos ha vendido á mi patria y á mí! ¡Nos ha vendido y nos ha robado vilmente!

El dolor agrandó á la muñequita hasta darle proporciones colosales. ¡Si todos los japoneses tienen tanta alma, comprendo la epopeya de Puerto Arturo! Pero dentro de la vindicativa nipona había una romántica inglesa, y pasado el formidable acceso de furia pasional, dejó otra vez rebosar el alma:

—¡Vengarme! ¿Vengarme?... ¿Y cómo? ¡Si le amo, le amo locamente!

Decíalo en un francés asiático que hubiera sido cómico á no sublimarlo la llama del amor. Mi situación era anómala, insostenible en medio de aquel drama políticopasional; *la Musmé* lo comprendió, y contóme con nerviosa concisión el argumento: su marido, el diplomático ruso Alejo

Rostof, representante de Rusia en Tokio, antes patriota que huésped, había entregado al Zar unos importantísimos documentos japoneses que podían tener singular alcance en la suerte final de la actual campaña, y, huyendo la venganza de los nipones, habíase fugado, llevándose consigo toda la fortuna y todas las joyas de su mujer, que valían un imperio. Persegúale activísimamente la policía europea, hostigada por Inglaterra, amiga del Japón; y enterada de ello la esposa magnánima, luchaba aún desesperadamente por salvar al ingrato marido. Para lograrlo puso en juego sus grandes amistades con la más alta sociedad inglesa, con parte de la cual estaba emparentada por su padre, y sus valiosas relaciones con casi todos los diplomáticos de Europa—de aquí su enorme correspondencia—. ¡Y cuando sagacísimamente había ella logrado descubrir la pista del fugitivo, y se preparaba á realizar proezas de habilidad y disimulo para desorientar á la policía y salvar al traidor, no sin grave riesgo de su persona, aparecía el frívolo y afrancesado moscovita viajando con una aventurera de París!

Verdaderamente, la realidad superaba á mis imaginaciones. Pero, Rambla adelante, acercábase al hotel el comisario de policía; conocióle muy de lejos *la Musmé*, y comprendiendo lo crítico de la situación, quiso adelantarse al riesgo: ordenó rápidamente á un camarero que cuando llegase el señor comisario le hiciese esperar en las habitaciones de ella, diciéndole que tenía importantes comunicaciones que hacerle, y mandó

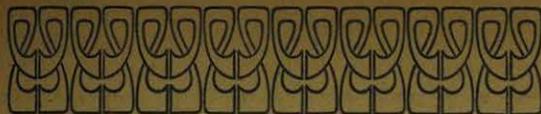
al mismo camarero avisar al recién llegado viajero que una señora francesa necesitaba hablarle á él solo urgentísimamente. Ordenaba todo esto con la sugestión imperativa de las personas acostumbradas al mando. En un pestañear ocultó su cabeza bajo un ancho sombrero tagalo, cubrió su cara con dobles, espesos velos, echóse sobre el *kimono* un guardapolvo amplísimo, rogóme seguirla, y pisando los talones al criado que la anunciaba, sin aguardar la venia, entróse en el cuarto del ruso. «Monsieur...», articuló la japonesa con voz fingida, alteradísima, inconocible, que expresaba la urgencia de la situación y su interno desconcierto. «Puede usted hablar», contestó el ruso indicando á la aventurera; y «Es mi mujer», dijo en el tono mecánicamente cortés de una presentación oficial. Fué un momento fulmineo, de esos en que se respira la tragedia; *la Musmé*, nieta de lores, se irguió de súbito en toda la altura de su soberbia británica:

—Y yo, ¿quién soy, entonces?—gritó con voz intranscribible, arrancándose los velos que le cubrían la cara.

El ruso retrocedió atónito; la aventurera desplegó todo el teatralismo de los de su raza y condición, y en actitud digna de Sarah Bernhardt tendió las manos como para detener un rayo imaginario: en su muñeca derecha resplandeció un brazaletes regio de oro y brillantes, único en el mundo, inconfundible: la pulsera de bodas de la madre de *la Musmé*, construída por el mejor joyero de Londres. En los ojos oblicuos de la ni-

pona brilló la centella trágica. En aquel momento entraba el comisario, que no se dejó detener por la previsión de la esposa, y ésta, con un gesto y con una voz dignos de Medea, gritó al activo policía:

—¡Sí; ahí le tiene usted! ¡Ese señor que se finge francés, ese falso M. de Varennes es el ruso Alejo Rostof, es el ladrón de los documentos de *Estado* japoneses y el ladrón de mi fortuna personal y de las joyas de mi madre, que profana esa miserable aventurera!



ROMANTICISMO

Á Manuel de Sandoval.

I

En el saloncillo rosa de la Castelmira, los sábados, después del té, se charlaba deliciosamente de arte, de política y de cuanto Dios creó. Una tarde empeñóse disputa reñidísima á propósito de la presente decadencia y moral achicamiento. Pérez Luengo, el maestro venerable, cuya cabeza resplandecía como nimbada en gloria, tomó la palabra, y el silencio se hizo.

—No voy á glosar á Jorge Manrique; pero, señores..., ¿quién niega el actual empequeñecimiento de los espíritus? Hoy hasta los crímenes que vienen á llamarse «pasionales», cuando han dejado de serlo, proceden del más sucio légamo del instinto crudo, sin la purificadora llamada. ¿Pasionales? ¡Ojalá! Éranlo aquellos críme-

nes del romanticismo, todos fuego, raptos é inmolaciones sublimes, que enfriaban la medula, desataban el llanto y sugerían misericordia y perdón. ¡Ahora!... Los crímenes que llaman «pasionales» revuelven el estómago: ¡la cobarde puñalada del chulo á la pobre hembra que le desama ó virtuosamente le resiste, ó el navajazo epiléptico del borracho que pone el obligado sello de sangre á la juega inverecunda! Yo no sé si las modas literarias alcanzan á transformar la psicología de una época; pero sé que cuando el aliento de fuego de la poesía sopla sobre las almas, la faz moral del mundo se enciende y transfigura; sé que en los días románticos, cuyas postimerías alcancé, las gentes se morían de amor—¡de amor, no de vicio!—, y por amor se realizaban tan gallardas acciones, que hasta cuando eran criminales imponían el pavoroso respeto á lo sublime, y no daban la náusea de lo inmundo. La misma fiebre que encendía el estro de los Schiller, Hugos y Esproncedas abrasaba las almas de los más plebeyos y profanos al arte. La poesía era sangre ideal de toda la generación romántica. En prueba de ello pudiera citar, entre mil casos, uno que se me viene á la memoria.

Conocidas las dotes narrativas del maestro y el centelleo de alma que animaba sus relatos, adivinase el afán con que le pedimos el del romántico suceso, que él, sin hacerse rogar, contónos en su prosa inimitable, de la que sólo conservo el calor emocional que pegaron á mi corazón sus palabras llenas de espíritu.

II

Sucedió mi verídica historia en Lucena, ciudad tan gloriosa por su pasado é interesante por su alcázar y sus iglesias, como renombrada por sus velones, que aun más debiera serlo por la sin par hermosura de sus juncales hembras y por el rumbo y arresto de sus mozos semiafricanos. Era Lucena—ciudad por la gracia de Felipe III—, como andaluza, alegre, blanca y toda florida: no había reja ni ventanuco sin su gala de rosales y claveles, ni rendija de pared ó de tejado sin odorífero penacho de reseda; con el lujo de las frondas se arrebuñaban noblemente los caserones ruinosos; en los pretiles de las azoteas, en los campanarios, en el alcázar y en lo alto de la célebre torre del Moral flotaban al viento, como garzotas de oro, los amarillos jaramagos, y «á mantas de Dios» crecían los murtales, las adelfas y las campanillas azules por las márgenes del Cascajar y de los arroyos que se traga el Anzul para enriquecer al avaro Genil; con flores prendíanse las mantillas señoronas y ricachas en las fiestas, y de flores se coronaban, mejor que de oro las reinas, las mocitas que bajaban por agua á la fuente.

Cerca del Coso serpeaba una calle que tengo

en repujar á martillo pantallitas para velones monumentales de múltiples mecheros aprovechando siempre la luz de la puerta, que era acercarse á la llama en torno á la cual revolaba su alma como loca mariposa.

Era la niña del balconeo fresca y radiante como aurora de mayo; en su afilada carita marfileña helénicoandaluza la perfección y la gracia se corregían mutuamente: la boca un poco grande, pero toda jugo, frescura y hechizos; y entre los dos sartales de perlas de sus dientes saltaba una risa luminosa que atraía é inquietaba á un tiempo; la crespada oleada de su pelo cobrizo flotaba indómita, nimbando la cara de leche y sangre, y el felino fulgor de sus pupilas, de fluida esmeralda, completaba la atracción turbadora de su risa indefinible, hecha de gracias, de candores, de burlas, de ofertas, ¡quién sabía!: un manojito de agujas sutilísimas que llovían del balcón y se le hincaban á Miguel por toda el alma. Aquel verde mirar candente y frío y aquel luciente reir enigmático envolvíanle en enervante aura sortilega. Si la tentación toma carne para soliviantarle y enloquecerle, no logra personificación más acabada que Leonorita Maniferro, sola heredera de uno de los más ínclitos linajes andaluces, que ya se era noble y entroncado con los Aguilares, Córdoba y Venegas antes de la gloriosa batalla de Martín González, en que el alcaide de los Donceles y sus bravos de Lucena mataron á Aliatar y aprisionaron á Boabdil. Y tan nobles se eran los Maniferros desde los días

de Fernando *el Santo*, que ya en el siglo XIII añadieron á su blasón uno de los cuarteles del de la villa (ciudad en 1618): el del castillo de plata en campo verde, sobre el que brilla un lucero en campo azul. En memoria de doña Leonor de Guzmán, señora un tiempo de Lucena, llevaban aquel nombre las mayorazgas de la casa de Maniferro.

Esperar que la alcurniada marquesita Leonor le amase á él, el aprendizuelo de la velonería, era esperar que una estrella del cielo bajara á posársele en las palmas. Pero ¿por qué, entonces, le devoraba ella con los ojos? ¿Por qué le enhechizaba con su verde mirar y su risa de perlas y de sol?

De sobras sabía Miguel que al paso que los dos crecían, aquel celeste deliquio del beberse las almas en los ojos iba dando que murmurar á las gentes; harto veía que á su padre se le cerraba en borrascas el ceño y que el marqués había dado en registrar con iracundas miradas inquisidoras la calle; veía la tempestad espesarse, oíala rugir ya encima; pero ¿cómo evitarla? ¡Si al sentirse sorbido por la inquietante llama verde, asaeteado por las punzantes flechitas de aquella captadora risa muda, la lima se aflojaba entre sus dedos, y el mirar y el ánimo y el vivir se le escapaban al balcón, y se le posaban en el barandal, y se le enhebraban en los rizos de destellos de oro, derretíansele en la bullente risa de luz, y se le abismaban en el verde abismo sortilego del mirar de la marquesita de Maniferro!

Un sábado la tía Marianzul paseó maliciosamente los ojos desde la fragua al blasonado balconaje, y permitiéndose bazuquear entre encías:

—Lindo es el garzón como Gerineldo; pero si tan alto pone el mirar, no olvide que de la altura abaja el rayo.

Aquella noche á Martín Lucientes se le acabaron los aguantes, y, solo ya con su hijo, increíble durísimamente: «¡Qué se le había figurado al mocoso! ¡Para los hijos de los veloneros estaban las marquesitas de Butivamba! ¡No faltaba sino que al empingoretado del marqués se le figurase que él, Martín Lucientes, *cubiciaba* los sapos y dragones de sus escudos! ¡Guardáranse los Maniferros sus pergaminos mohosos, que dan mucha substancia al puchero; que él á sus velones se atenia! ¡Esas son tus noblezas, renegao; que no faltaba sino que te avergonzaras de tu padre, que echó el bofe toa su vía pa dejarte unos condenaos pesos duros!»

Miguel lloraba rojo y tembloroso.

—¡Avergonzarme, rayo! ¡Lo que haré seráirme! ¡Irme, padre; porque dejar de mirarla, dejar de quererla, yo no puedo, como usted no me arranque el corazón y los ojos!

Y arrojándose en los brazos de Martín, rompió á llorar infantilmente.

Al *Brujo* derretíasele el alma; pero su voluntad era más dura que los metales que forjaban sus manos.

—¡Pues te irás—decretó—, y lejos: al Perú, con mi primo Miguel; y para no retardarlo, mañana!

III

Desde que salió Miguel con la maletilla en la mano y los ojos encendidos como lumbres, en el balcón de Maniferro, donde los ojos verdes lloraban, ó lo parecía, la calle, la fragua, la fábrica toda y el alma de Martín *el Brujo* cayeron en silencio y soledad, en cerrada noche del alma. Todos hablaban bajo y pisaban quedo en torno á Lucientes, como cuando se vela á un enfermo; y estábalo de muerte el pobre padre, como si á pedazos le arrancasen la vida.

—¡No me hallo, no me hallo!—decía con un acento de dolor amordazado y hondo que angustiaba, como si se viese el agonizar secreto de aquel espíritu.

Los primeros meses resistió viril, mudo, retorciéndose crispado sobre el potro de su tortura, la desesperante tardanza de las noticias, el cruel silencio de la boca de sombra, del abismo lleno de riesgos y mortales amenazas que se había tragado á su Miguel, el alma de su vida. Al cabo se rindió, capituló, arrió el pabellón de su entereza, y escribió á su hijo que viniese, que viniese si quería encontrarle vivo. ¡Era tarde! En el mar estaba aún la carta cuando el pobre Martín Lucientes emprendió el pavoroso viaje sin vuelta.

IV

Rápida fué la de Miguel cuanto el viajar de entonces lo consentía; la carta de su padre, aun affigiéndole por la tristeza que tan doliente llamamiento rezumaba, abrióle el cielo de sus esperanzas amorosas. Lo de su padre—¡si le conocería él!—todo era dolor de ausencia, que con su primer abrazo sanaría; y después, consolado el viejo, aquietado él con el deber cumplido, toda el alma para enviarla á su Leonor hasta emborracharse del verde mirar y desquitarse de la ausencia eterna.

Molido del interminable navegar; destrozado por la náusea perenne y el mortal tundimiento del mareo; temblándole las piernas como si la tierra se balancease también, dando tumbos y bandazos como el maldito vapor que nunca llegaba; sin descansar ni una hora en Cádiz; en diligencia, en galera, á caballo; sin aguardar días de salidas ni horas reglamentarias en la perdurable locomoción de entonces; tragándose las lenguas como pudo, plantóse Miguel en Lucena; y cuando al desmontar, hecho una alheña, á la puerta de su casa, el luto y el dolor, antes que las palabras, de criados y de obreros dijéronle la desgracia, cayó á tierra como derribado por un rayo.

Largos días tardó Miguel en reponerse del súbito golpe: era el primer gran dolor de su vida; y dolor agrandado por buida punta de remordimiento, remordimiento hincado como un puñal en su herida, y que no podía él arrancar y arrojar de sí, porque no era puñal, sino dardo de oro de candente punta bañada en suavidades celestes: era su amor, más que su vida y su alma, otra alma dentro de la suya: ¡la gloria! Pero gloria inaccesible, vedada además para él desde que costó á su padre la vida. Luchando con su amor como Jacob con el ángel, vinieron á sacarle de su ensueño abismático las apremiantes, desalmadas realidades: la fábrica parada, el hambre de los obreros, la exigencia de los pedidos, el ahogo de los pagos, el testamento de su padre sin leer aún... ¡La vida con sus infinitas ruedas de navajas y sus implacables garras disputándonos furiosa las breves horas que damos al amor ó al ensueño! Resignóse Miguel á poner los hombros bajo la aplastante piedra de Sisifo; atendió á las *formalidades*, á los trámites, al papeleo; á cumplir con Dios, con la sociedad y con la Curia. Una de aquellas tardes de rosarios en comunidad, de duelo y testamentaria, en que el escribano y el cura acompañábanle larguísimas horas fumando tétricamente, con ese automático fumar de las velas ó de los duelos, que tiene un gesto y un sentido indecible de impotencia resignada, Garci-Pequeno, el notario-gaceta, contó á Miguel, como quien nada dice, la trágica situación de los Maniferros. Como herido de un floretazo,

crispábase Miguel en el desventrado butacón mientras el prolijo *escriba* relataba:

—La marquesa de Manferro, enferma del corazón toda su vida, murió de repente casi cuando Miguel navegaba hacia el Perú. Y esa casa, que desde que los franceses quemaron todos los olivares de los Manferros y saquearon su palacio de Córdoba, ha vivido *comiéndose á sí misma*, empeñando, reempeñando y vendiendo jirón por jirón y perla por perla su mobiliario y guardajoyas de príncipes, hoy..., ¡pues la indigencia, el último vencimiento de los pagarés incontables, el embargo!..., ¡el acabóse de los Manferros! Y, además, la miseria negra para gentes que antes que trabajar se dejan morir. ¡Y el marqués se muere ó se mata! La Leonorita..., ¡ésa, ó se vuelve loca, ó... peor! ¡Aquella es una ricahembra capaz de algo gordo, sonado! ¡El alma de la casta vive *revestida* en ella!

V

La crisis de Miguel, su tragedia interior durante aquella noche apocalíptica de combates de ángeles y demonios dentro de su ser, no es transcribible. A la mañana siguiente, pálido como un muerto, más románticamente hermoso que nunca, agrandada el alma por las abismáticas pro-

ximidades del océano, del amor y de la muerte, exaltado por la pasión, ennoblecido por la pena, embellecido por el luto semicaballeril que realzaba su blancura y el esplendor de su cabellera de sol y del áureo bigote rizado que orlaba su labio febril, sanjuanescos; tímido, desconcertado y virilmente resuelto al par, atravesó la calle y viósele entrar, con estupefacción de los curiosos, en la lóbrega casa sepulcral de los Manferros. Nadie le cerró el paso; todo era allí desolación, abandono, soledad, polvo de ruinas. Una opresora sensación de fenecidas grandezas, de sol de gloria transpuesto, de regia mortaja roída de gusanos, apretábale el corazón. Por los salones baldíos, telarañosos, hacinábanse algunas gloriosas barreduras: una panoplia donde campeaba, entre desgarrados tisúes, un damasquino broquel cobrado en Lepanto; el *alma* deshilada de un asombroso tapiz flamenco dejando vislumbrar desvaídas mitologías en el centro y una orla de frondosa hojarasca y frutas de coloración fresquisima; un bargueño soberbio sobre una mesuca coja; un sofá monumental cuyo roto damasco mostraba las tripas de pelote rufo; un butacón con los brazos tronzados, y una peluda piel de tigre en el suelo. Apareció Leonor, ¡la ricahembra! Eralo hasta en la punta de las uñas. Miguel sintió por aplastamiento la afirmación triunfal de la raza, la suma de cien generaciones de altiveces y de heroísmos, impronta nítida y firme como la del heráldico sello en cera roja. Envolvíase la ricahembra en luengo ropón de negro

terciopelo, viejo, raído, pero sobre su cuerpo, imperatorio, cuya densa negrura agudizaban las altas notas auricobrizas del pelo y el glauco rayo frío de sus ojos; ahora sus labios descoloridos guardaban el raudal de perlas de su risa. Los verdes ojos interrogaban altivos, impertinentes, indignados. La efusión divina que desbordaba del alma de Miguel se congeló, anudóse con nudo de dogal á su garganta; perdió el aplomo, el albedrío, casi la conciencia. Pero el verde mirar apremiaba. Al fin habló, poniendo suerte, vida y eternidad en sus palabras. Sabía la situación gravísima, el riesgo inminente... (Relámpago de los ojos señoriales.) Era huérfano, solo, dueño de su fortuna; venía á ponerla á sus pies...

—¡La fortuna de usted es suya!—declaró una voz metálica, subrayada por un rayo frío como destello de gema, no como caliente mirar humano.

Miguel ya no se poseía; su ensueño habló por él:

—¡Mía, sí; pero... puede ser de los dos!

Toda su alma se volcó en la oferta.

—Pero... ¿usted ha medido, ha calculado sus palabras? (¡Calcular el amor!) ¡Soy Leonor de Maniferro! (Aquella afirmación entre las últimas barreduras de grandeza era irónica y augusta.) ¡Vive el marqués; pero aunque no viviese, vivo yo, y en mí vive toda mi casta!

Fué como el reventar de cien rayos sobre un Sinaí formidable. Una plebeya dignidad, también hereditaria, devolvió á Miguel su gesto viril: inclinóse con la arrogancia de quien abdica

una corona. Cuando bajaba la derrengada escalera oyó sollozar á Leonor de Maniferro. ¿De despecho? ¿Del dolor de caer en la miseria? ¿De amor sacrificado al orgullo? Él no sabía; pero ella lloraba; su desventura iba á consumarse... ¿Para cuándo eran los arrestos de los hombres?

Rápidamente entró Miguel en su casa, vacía y luctuosa como su espíritu; encerróse en su cuarto; oyóse abrir y cerrar gavetas, revolver papelorio; después nada: escribía, sin duda; luego un sollozo desesperado, supremo; de súbito un estampido seco. Acudieron todos; cayó la puerta deshecha á martillazos. Miguel tenía la hermosa frente agujereada, sangrienta; sobre el pupitre había un testamento ológrafo en que declaraba su universal heredera á Leonor de Maniferro. Para salvarla estorbaba su vida, y él, gallardamente, como un paladín trovadoresco, la depuso á los pies de su adorada.